

DELANTE DEL JUEZ SUPREMO

Contenido:

Reflexión.....	3
El origen de las leyes y la justicia.....	4
La justicia de Dios es perfecta.....	5
“Ignorancia legis non excusat”.....	6
La ley escrita refleja la naturaleza de Dios.....	7
¿Qué exige la ley de Dios?	9
¿Culpable o inocente?.....	10
¿Qué significa “muerte”?.....	11
La muerte segunda.....	12
La justicia satisfecha.....	14
La sorprendente rebeldía contra Dios.....	15
Un ejemplo desde el infierno.....	16
El camino hacia el infierno está pavimentado de buenas intenciones.....	18
Condenados desde los genes.....	19
El único remedio.....	20
¡Tu deuda ha sido pagada!.....	21
La necesidad de nacer de nuevo.....	22
Dios promete una vida nueva.....	24
Un futuro sin fin.....	25
¿Qué esperamos?.....	27

Reflexión

¿Puedes imaginar por un momento qué pasaría si los países no tuvieran leyes para regirse, y si la justicia no actuara para garantizar su cumplimiento? ¿Qué sucedería si los asesinos, ladrones, estafadores, traficantes, violadores..., supieran que no existe ninguna ley que condene sus hechos? Es obvio que sería un caos. Para hacernos una pequeña idea, nos basta con mirar a países con gobiernos corruptos o con un sistema judicial deficiente, para ver como resultado un alto índice de asesinatos, violaciones, abusos, prostitución, pobreza, inseguridad ciudadana, desestabilidad económica, una alta deficiencia en todos los servicios a nivel de educación, sanidad, etc....

Por ello, todos los gobiernos en el mundo civilizado, para evitar la anarquía y el caos, han creado sus departamentos de justicia, ya que es imposible, y aún contra la ley, que el hombre pueda ejercitar tal justicia por su propia cuenta. Lo que sí es un hecho es que hoy en día la justicia está perdiendo su fuerza e incluso su significado.

Nosotros, por lo general, estamos a favor de la ley, siempre y cuando ésta no nos perjudique y garantice nuestra seguridad y bienestar. A veces, incluso, llegamos a mostrarnos solidarios con aquellos que han sido víctimas del incumplimiento de la ley por parte de otros.

De manera casi inconsciente, algo dentro de nosotros nos hace apelar a la justicia para que ésta se aplique correctamente, a menos que seamos nosotros los que

hayamos infringido alguna ley y entonces no queramos enfrentar las consecuencias.

Algo que también es muy común y característico del ser humano, es decir que Dios no es justo cuando, por una falta de justicia en el hombre, le culpamos a Él por todas las desgracias que ocurren. Esta actitud está muy bien definida en la Biblia, que a pesar de haber sido escrita hace miles de años, es el libro más actual y preciso en cuanto al comportamiento del ser humano. Como si supiera los argumentos de hoy en día, dice así: **“La insensatez del hombre tuerce su camino y luego contra Dios se irrita su corazón”** (Proverbios 19:3).

El origen de las leyes y la justicia

Ahora, después de esta pequeña reflexión práctica, llegamos a la conclusión de que la ley es buena y la justicia necesaria. ¿Has pensado alguna vez donde se originó la necesidad de tener leyes y por qué, y una justicia que asegure su cumplimiento?

El hombre, desde su antigüedad, decidió desobedecer a Dios, y desde entonces ha existido la necesidad de definir, restringir y castigar el pecado por medio de una ley. Dios instituyó esa ley por medio de Moisés, encabezada por los famosos diez mandamientos, los cuales el hombre ha adaptado para hacer funcionar su justicia en la tierra.

En la actualidad, todos los sistemas judiciales del mundo civilizado están basados en la justicia presentada en la Biblia. Las naciones que rechazan o, sencillamente,

ignoran esta justicia, se extinguen o se hacen muy primitivas. La razón por la que esto sucede es porque la justicia de Dios no puede ser ignorada, y hacerlo acarrea consecuencias fatales, tanto a una nación como al individuo. La justicia que aplica una nación civilizada es para su preservación aunque, dadas las imperfecciones humanas, solamente puede aplicarse de forma limitada. En este mundo la justicia no se lleva a cabo con perfección. En una sociedad terrenal muchas personas viven su vida de forma incorrecta y consiguen escapar de la justicia, sin embargo, en cuanto a Dios, no sucede lo mismo, ya que su justicia sí es perfecta y nunca tolera una infracción. **“No os engañéis, Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará”** (Gálatas 6:7).

La justicia de Dios es perfecta

Desde un principio nunca estuvo en la mente de Dios hacer una raza de esclavos, por lo que dio al hombre el derecho de elegir libremente qué camino tomar. Mientras esté en este mundo podrá intentar gobernarse a sí mismo; quizá durante su corta vida podrá profesar y declarar lo que quiere y cree, decidir y elegir lo que considera conveniente, pero finalmente, cuando su corazón deje de palpitar, todo aquello que ha conocido y en lo que ha confiado terminará y todo será cambiado.

Un día Dios, según su estándar perfecto, juzgará al mundo, trayendo a cuenta cada delito. Nadie podrá escapar de ello. No hay cosa que Él ignore o que pueda esconderse de sus ojos. **“No hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las**

cosas están desnudas y abiertas a los ojos de Aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Hebreos 4:13). Además, también existe un archivo donde están registradas todas las ofensas del hombre. Éste, cada vez que comete un pecado, ensucia su alma con una mancha que no puede ser borrada y que le descalifica para entrar a una dichosa eternidad.

Dios protege cuidadosa y celosamente su hogar eterno, y nada sucio podrá entrar en su presencia. **“¿Quién ascenderá al monte de Dios? El limpio de manos y puro de corazón”** (Salmos 24:3-4). Lo que quiere decir aquí, es que Dios demanda que el ser humano, para poder estar con Él en su gloria, sea completamente puro y limpio, sin una sola mancha.

“Ignorancia legis non excusat”

No importa si tú no reconoces al Señor e ignoras totalmente sus caminos, porque al final tendrás que rendirle cuentas de todos modos. Un dicho popular de los antiguos romanos viene a decir, más o menos, que “la ignorancia de la ley no exime de su cumplimiento”, y ahora, cada sistema de justicia reconoce que tenían razón. La ignorancia es algo voluntario, por eso ser ignorante no excusa ni exculpa.

Como ciudadano de cualquier país tienes la obligación de estar informado acerca de las leyes que lo rigen, ya que si infringes alguna de ellas tendrás que enfrentar las consecuencias; no importa si las ignoras o no. La justicia, por su misma naturaleza, no perdona, sino que demanda una retribución. Si conduces, es obvio que

tienes que conocer bien el código de circulación, porque si rebasas la velocidad permitida o incumples alguna otra norma, serás sancionado y tendrás que pagar por ello. Cuando te pare el policía no podrás decir: “Lo siento señor, es que yo no sabía que esta señal significa que no se puede pasar”, porque te responderá que debías saberlo y, como consecuencia, tendrás que pagar la multa. Nada cambiará el hecho de si lo sabías o no. Lo mismo sucede con nosotros en cuanto a la ley de Dios.

La Biblia dice claramente que el ser humano no tiene excusa ya que, **“las cosas invisibles de Él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas...”** (Romanos 1:20).

Además, cada persona cuenta también con un elemento creado por Dios, que se llama conciencia. Dios nos ha dado un conocimiento básico de lo que está bien o mal, es decir, que tenemos una ley natural grabada en nuestra naturaleza, que es la ley de Dios. Aunque habría mucho que hablar y detallar sobre este asunto, lo que importa ahora es saber que somos naturalmente dotados de algo que también nos deja sin excusa delante de Él.

La ley escrita refleja la naturaleza de Dios

A través de la Biblia, Dios ha puesto su ley delante de nosotros de forma detallada, sin dejar que nuestro criterio u opinión, incluso la que tenemos de nosotros mismos, determinen lo que es bueno o malo, correcto o incorrecto, justo o injusto. Si hemos quebrantado su ley,

entonces hemos traspasado una línea definida y clara; hemos pecado y nuestro pecado ha ofendido a Dios.

Nuestra idea de lo que es bueno o malo debe basarse, única y exclusivamente, en lo que Dios dice. Su palabra nos advierte claramente: **“¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo...!”** (Isaías 5:20). Esta advertencia debería tomarse muy en cuenta hoy en día cuando, más que nunca, el hombre ha dejado que la opinión del gobierno, instituciones religiosas, escuelas, medios de comunicación..., determinen lo que es bueno y lo que no lo es, dejando a un lado, como algo que pertenece al pasado, lo que Dios ha establecido. El concepto de Dios no está sujeto a los tiempos que vivimos; lo que era bueno o malo hace 1000 años lo sigue siendo hoy, y nosotros, como creación suya, tenemos que sujetarnos y aceptar lo que Él ha determinado.

La Biblia es la revelación misma de su persona. Además de algunas normas y un sistema legal sin comparación, la Ley de Dios nos revela su mente y su corazón. Las cosas que nos manda hacer son las cosas que le agradan y las que nos prohíbe son las que le irritan, e incluso, las que le hacen airarse. En los Salmos nos dice que **“Dios está airado con el impío todos los días”** (Salmos 7:11). Esto es así porque hay cosas que su naturaleza no puede tolerar y provocan su ira.

Permíteme ilustrar lo que trato de decir con algunos ejemplos. Cuando pasas por cierto lugar donde ha muerto un animal, o tienes delante un huevo podrido, tapas tu nariz e intentas no respirar hasta que lo has alejado de ti. Lo que sucede aquí es que tu naturaleza, es decir, tu sentido del olfato, rechaza totalmente ese olor.

Lo mismo sucede con Dios y lo que es llamado “pecado”.

¿Qué exige la ley de Dios?

Ahora, ¿cómo podemos saber si hemos quebrantado su ley y traspasado esa línea? Por un momento vamos a mirar esta ley para, según lo que Él ha establecido, saber si le hemos ofendido; si somos pecadores o no, porque **“por medio de la ley es el conocimiento del pecado”** (Romanos 3:20b). Seguramente conoces uno de los diez mandamientos que dice: **“No matarás”**. Tú y yo probablemente estamos pensando que no lo hemos hecho y, por lo tanto, que somos inocentes. Pero cuando Jesús bajó de los cielos para vivir entre los hombres, mientras enseñaba, una de las cosas que nos aclaró fue precisamente lo que Dios piensa qué es el homicidio, y dijo: **“Cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio”** (Mateo 5:22a). Aquí está hablando de ser culpable del juicio de homicidio. ¿Estás enfadado con alguien ahora; un jefe, un colega, un vecino o un pariente? Otro mandamiento dice: **“No adulterarás”**, pero Jesús lo aclaró más todavía diciendo: **“Cualquiera que mire a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón”** (Mateo 5:28); ¿crees tú haber tenido alguna vez este tipo de pensamiento?... Jesús también nos mandó: **“Amarás a tus enemigos”**; ¿hay gente que te ha hecho daño y a la que tú no amas?...

Bien, estas son sólo algunas de las preguntas que, desde la más absoluta honestidad, tú mismo deberías responderte.

Al hablar más detalladamente de estas cosas, Jesús dejó muy claro que Dios no sólo está juzgando los hechos, sino los pensamientos y las intenciones del corazón. Él conoce tus pensamientos y lo que te motiva tras cada acto. Es un Dios que sabe todo y no puede ignorar o dar la espalda a los pecados que cometes en tu mente, o los que son motivados por los anhelos de tu corazón. Todo esto es una molestia constante para Él. **“Y vio Dios que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal”** (Génesis 6:5).

¿Culpable o inocente?

Ahora, después de haber meditado en estas cosas, y sabiendo que la justicia es la expresión de todo lo que concuerda con Él, y el pecado sencillamente es lo que va en contra de su naturaleza y lo que nos impide acercarnos a Él, ¿crees entonces que has quebrantado las leyes que definen lo que es aceptable a Dios y lo que no lo es? ¿A qué conclusión has llegado?

Seguramente estarás pensando: “Bueno, pero todos hacen estas cosas, nadie puede decir que no las ha hecho”, o, “según esto es imposible vivir”, y tienes toda la razón. Por ello toda la raza humana, sin excepción, está bajo maldición. **“...por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios”** (Romanos 3:23).

Si lo que estamos tratando aquí es la verdad, que lo es, porque la fuente no es nuestra opinión, sino una palabra infalible y eterna, que es la Biblia, entonces es obvio que

te encuentras en una situación muy delicada. El asunto no es que puedas estar en peligro, sino que ya lo estás, porque la sentencia ya ha sido dictaminada. Ahora vives bajo una condenación eterna por haber quebrantado las leyes de la más alta Autoridad en el universo. La justicia perfecta de Dios te insta a pagar la pena por tus infracciones.

¿Qué significa “muerte”?

La Biblia declara: **“El alma que pecare, esa morirá”** (Ezequiel 18: 4b) y aún un estudio muy ligero de la Biblia te hará saber que no está hablando de una muerte física ni temporal, sino de una condenación eterna.

Tenemos que familiarizarnos con la manera en la que la Biblia presenta las cosas y entenderlas de otra manera a la que comúnmente se entienden, debido al vocabulario y la mentalidad de hoy en día. Es fácil darnos cuenta que aquí el texto no se está refiriendo a una muerte física, ya que la muerte física afecta a todos en general. Está hablando específicamente del *alma que peca*. Primeramente vamos a ver como la Biblia define “la muerte”.

El otro día vi en Internet a una persona que se estaba recuperando en el hospital después de un buen tiempo en el que su cerebro había dejado de funcionar. Tenía entendido que la última prueba para que los doctores puedan certificar legalmente la muerte, además de una parada cardiaca, es que el cerebro se haya parado. Sin embargo, me parece que aún en este tiempo de tantos avances científicos, los doctores no pueden evitar quedar sorprendidos ante acontecimientos que no pueden

entender ni explicar, y a los que tienen que llamar “milagros”. El mundo de la medicina no puede explicar correctamente cómo y cuando se produce la muerte y lo que esto significa realmente, pero la Biblia sí lo hace.

La Biblia define la muerte como una separación. La muerte física, bíblicamente, es la separación del cuerpo y el alma. Por ejemplo, en una ocasión, habla de la muerte de una mujer y claramente dice: **“Y aconteció que al salirse el alma (pues murió)...”** (Génesis 35:18). El evangelio relata así la muerte de Cristo: **“Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró”** (Lucas 23:46). De igual manera, cuando el discípulo de Jesús, Esteban, fue apedreado, dijo: **“Señor Jesús, recibe mi espíritu”**, e inmediatamente dice que Saulo, que estaba presente, **“consentía en su muerte...”** (Hechos 7:59-8:1).

La muerte segunda

Ya que hemos visto qué es y en qué momento se produce la muerte física, vamos a ver lo que significa la muerte espiritual, para poder entender mejor lo que quiere decir: **“El alma que pecare, esa morirá”** (Ezequiel 18: 4b).

La muerte espiritual también es una separación. Dios advirtió a Adán diciéndole: **“Del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás”** (Génesis 2:17). Sin embargo, aunque Adán y Eva comieron, sabemos que físicamente siguieron viviendo. ¿Qué es entonces lo que

sucedió inmediatamente cuando pasaron por alto esta advertencia y desobedecieron a Dios? **“Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida”** (Génesis 3:24). El hombre, desde ese día y hasta la fecha, está separado de Dios, y en este estado de separación el espíritu del hombre no puede vivir por sí solo; aunque vive físicamente, espiritualmente está muerto. **“Y Él os dio vida a vosotros, cuando *estabais muertos en vuestros delitos y pecados*”** (Efesios 2:1). El espíritu depende únicamente de Dios para su vida.

Partiendo de este principio, seguimos adelante para ver a qué muerte se está refiriendo el profeta Ezequiel al decir **“el alma que pecare, esa morirá”**. La triste y temerosa realidad se encuentra en el último libro de la Biblia, donde dice que **“la muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es *la muerte segunda*. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego”** (Apocalipsis 20:14,15). En el siguiente capítulo, más detalladamente, nos dice que **“los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que *es la muerte segunda*”** (Apocalipsis 21:8). No dice que *produce* una muerte, sino que *es* una muerte.

La segunda muerte es *un lugar* donde el alma y el cuerpo del pecador sufrirán, estando eternamente *separados de Dios*. A esta muerte se refiere el profeta Ezequiel; a la condenación eterna. De esta muerte Jesús

nos advirtió al decir: **“No temáis a los que matan el cuerpo, y después nada más pueden hacer. Pero os enseñaré a quien debéis temer: temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno; sí, os digo, a éste temed”** (Lucas 12:4,5).

La justicia satisfecha

Partiendo de lo que dijimos al principio acerca de que la justicia de Dios es perfecta y no tolera infracciones, debes entender que para satisfacerla y garantizar una eternidad limpia y perfecta, la condena tiene que ser respetada y cumplida. **“La paga del pecado es la muerte”** (Romanos 6:23).

La justicia está firmemente involucrada en el mero centro de la historia cristiana por medio de la cruz de Jesucristo. La muerte de Jesucristo fue un acto de la justicia de Dios, ya que Dios, siendo bueno, tiene que satisfacer las demandas de la justicia (como tendría que hacerlo cualquier juez justo). Una pregunta, ¿qué pensarías si un juez dejara libre a un hombre que ha cometido asesinato? ¿Crees que eso le convertiría en un juez justo? En realidad todos sabemos que no. Todo lo contrario, lo que le hace ser justo es cuando aplica la ley en su justa medida; castigando al culpable y librando al inocente. Entonces, ¿por qué en lo que a Dios se refiere no pensamos igual? ¿Cuántas veces hemos oído decir: “si Dios es justo, entonces, cómo va a dejar que yo vaya al infierno, o permite esto y lo otro...? Con estas palabras estamos diciendo, ni más ni menos, que para que Dios sea justo tiene que ir en contra de su propia

justicia y pasar por alto lo que su ley demanda. Sin embargo, nunca exigiríamos esto al sistema judicial de nuestro país ¿verdad?

Dios es justo y tiene que cumplir lo que su ley demanda, que es la muerte para los pecadores. Por esto mismo mandó a su propio Hijo Jesús, para tomar el lugar de ellos; cumpliendo en Sí mismo la condena impuesta al pecador. Esta es la única manera de satisfacer la justicia de Dios y a la vez conseguir el perdón para la persona que peca. La Biblia, que es la base de todo cristiano, enseña claramente que alguien tiene que pagar la pena. Por ello, la persona que rechaza y no acepta el sacrificio que Cristo ha hecho en su lugar, tendrá entonces que satisfacer la justicia de Dios por su propia cuenta y con su propia vida, pagando eternamente por sus culpas en el lugar destinado para ello: el infierno.

La sorprendente rebeldía contra Dios

Es sorprendente que aún estando en las peores condiciones y a la espera de una condenación eterna, el hombre endurezca su corazón contra la verdad; contra el Autor de la verdad y la vida. Probablemente habrás oído acerca de los dos ladrones que fueron ejecutados el mismo día que Jesús murió. Uno se atrevió a decir a Jesús: “Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros”. El otro, asustado por tal reacción, le reprendió: **“¿Ni aun temes tú a Dios, estando en la misma condenación? Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos”** (Lucas 23:39-43).

En un instante los dos iban a dejar esta tierra para entrar a su destino eterno, pero ni siquiera en esta situación el primero tuvo temor de lo que le iba a pasar en pocos minutos cuando expirase. Solamente se concentró en su situación y sufrimiento actuales. Ni siquiera se le pasó por la cabeza pensar que estaba sufriendo justamente por sus hechos y que merecía el castigo. Se creía víctima de sus circunstancias y en lo único que pensaba era en aliviar sus sufrimientos.

Es fácil ver la misma actitud entre la gente de hoy en día. Todo el mundo culpa a Dios, no al hombre, por las guerras, los sufrimientos de los inocentes y, principalmente, por no intervenir para aliviarles de sus angustias. “Si hay un Dios, entonces... ¿por qué..., por qué..., por qué...?” Suena mucho como aquel ladrón. Pocos quieren pensar en su propia culpabilidad y en las ofensas causadas contra su Creador.

Hemos observado cómo personas muy enfermas, muriendo de cáncer, SIDA u otras causas, no dejan de pecar y rebelarse contra Dios. La Biblia nos enseña que el corazón del hombre es más engañoso que cualquier cosa; en el mismo infierno no deja su soberbia.

Un ejemplo desde el infierno

Precisamente, para ilustrar esto, Jesús nos dio un ejemplo claro acerca de dos hombres que entraron en la eternidad: un mendigo creyente y un rico (Lucas 16:19-31). Esta no era una fábula, ni una de sus famosas parábolas

que empezaban diciendo: “El reino de los cielos es como...”, para después introducir alguna de sus alegorías. En este caso, Jesús, fríamente, empezó diciendo: “Había...”, para continuar con el nombre del mendigo, llamado Lázaro, el cual estaba en el Paraíso. Desde el infierno el rico pidió a Abraham que Lázaro mojara su dedo en agua y lo pusiera en sus labios. Imagínate, quería que aquel pobre que tan cruelmente había sufrido toda la vida, dejara su descanso para servirle en aquel terrible lugar de tormento. ¡El infierno no cambió su mentalidad! Quería aliviar sus sufrimientos creyendo que no era digno de ellos.

Además, aún en el infierno, se creyó capaz de poder argumentar con Abraham. Su opinión todavía le valía mucho. Le pidió que enviase a Lázaro como misionero a sus hermanos para que se arrepintieran y creyeran (para nada quería dejar que Lázaro disfrutara de su hermosa situación). Abraham le dijo que sus hermanos ya tenían a su disposición la Escritura para poder creer. Pero el rico, no creyendo que eso sería suficiente, no se avergonzó de disputar con Abraham diciéndole que si veían a Lázaro resucitar de los muertos, entonces sí creerían.

Estamos ante una lección magistral sobre la terquedad del hombre. Espero que esta triste historia no se repita en ninguno de nuestros lectores, sino que cada uno pueda prestar atención a lo que Dios nos ha dado para que podamos creer, es decir, la Escritura. La Biblia es una palabra como no hay otra para que una convicción poderosa sobre la necesidad del arrepentimiento y la fe, llegue al corazón.

El camino hacia el infierno está pavimentado de buenas intenciones

¿Crees entonces que podrías ser absuelto si no vuelves a hacer lo malo nunca más? No suena nada mal, pero esta sería una intención vana y jactanciosa, pues la triste realidad es que seguirías cometiendo las mismas infracciones. ¿Por qué?, porque has nacido con una naturaleza que es contraria a la de Dios y no puede hacer nada que sea agradable a Él.

Tú y yo hacemos lo que hacemos por lo que somos, y hasta que no dejemos de *ser*, no podremos dejar de *hacer*. Un árbol no es árbol por el fruto que produce, sino que produce fruto porque es un árbol ¿entiendes? Da fruto según su naturaleza, por lo que es. Nosotros no somos pecadores porque hemos pecado; pecamos porque somos pecadores. De la misma manera, y por fuerte que nos suene, tenemos que aceptar que si mentimos es porque somos mentirosos, y que si robamos (no tiene que tratarse de cosas grandes, sino que robar también es apropiarse de cosas pequeñas), es porque de corazón somos ladrones, etc.

Estas no son conclusiones basadas en opiniones personales, sino en el estudio de la Palabra de Dios. Me gustaría que siguiéramos viendo cómo describe la Biblia al hombre y cuál es su verdadera necesidad. Un término antiguo afirma que la naturaleza humana, desde la caída de Adán, es “*enteramente depravada*”. El hombre es inmoral innatamente en el centro de su ser, y no posee en sí mismo la posibilidad de poder ayudarse a cambiar. Aunque hace muchos esfuerzos para reformarse,

rechazando lo malo y guardando lo que piensa que es bueno dentro de sí, no hay ninguna justicia en la naturaleza adámica (descendemos de Adán). Nuestras buenas intenciones no pueden cambiar lo que somos ni lo que nos motiva a hacer lo que hacemos.

Condenados desde los genes

La Palabra de Dios dice que el ser humano está muerto en delitos y pecados. Quiere decir, que en lo que se refiere a Dios, no puede dar un paso hacia Él, ni tampoco hacer nada para ayudarse a sí mismo a salir de su estado pecaminoso. Por su propia iniciativa, ningún ser humano, puede emprender una expedición hacia el descubrimiento de su Creador, y es absolutamente inútil en cuanto a lo que a Dios se refiere.

Adán y Eva son la fuente de toda la naturaleza humana, y así, hablando de nuestra naturaleza, no tenemos otros antepasados ni poseemos otros genes aparte de los suyos. Según las posibilidades humanas no podemos llegar a ser más ni mejores que ellos. Si cayeron en un estado sin esperanza por el pecado y fueron separados de Dios, entonces nosotros caímos también; y si fueron condenados a muerte, la misma condenación descansa sobre nosotros. Aunque no lo hemos escogido, es lo que hemos heredado, de la misma manera que no escogimos en qué familia nacer, ni donde, ni el color de pelo, ojos...

Por eso, las enseñanzas modernas acerca de coger las piezas quebradas de la vida y empezar de nuevo, son

insensatas y no son bíblicas. Son vendas aplicadas a un cadáver. La naturaleza arruinada de Adán no puede ser reparada. Para ser libres del pecado primero tenemos que librarnos de esta vieja fábrica que lo produce, que es la naturaleza adámica, y recibir una naturaleza nueva.

El único remedio

Ahora, ¿reconoces que en realidad eres un pecador y que necesitas el perdón de Dios? Si es que sí, ¿qué crees que puedes hacer? Lo único que podemos hacer, si vemos que estamos delante de un Dios que está ofendido con nosotros, es arrepentirnos y ponernos en sus manos, esperando que Él tenga misericordia y nos salve.

El único remedio es el que Dios mismo ha provisto, dado a nosotros a través de la muerte y resurrección de su Hijo Jesucristo. Su muerte en la cruz fue mucho más que un hecho histórico o un acto heroico para ser recordado, algo que va mucho más allá de lo que puede ser comprendido. La única esperanza de salvación y reconciliación con Dios para el ser humano está en aquella cruz, donde Jesús, el Hijo de Dios, Dios hecho carne, no solamente desafió al pecado y lo venció, sino que también destruyó la vieja naturaleza.

La fe en Él y en este hecho es lo único que puede asegurarnos nuestra salvación, dejando completamente excluida cualquier obra propia o esfuerzos personales. **“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”** (Efesios 2:8-9).

¡Tu deuda ha sido pagada!

Es una excelente, consoladora y esperanzadora noticia para el que reconoce que es un pecador, saber que hace cerca de 2000 años su deuda fue pagada. Dios mismo envió desde el cielo a su Hijo como el único sacrificio que podía ser ofrecido por tus pecados y los míos; tenía que ser un sacrificio perfecto, *libre de pecado*. Jesús fue ese sacrificio, y ningún otro podría haberse ofrecido en nuestro lugar, porque ningún otro hubiese sido aceptado como sustituto. La justicia de Dios se satisfizo en su propio Hijo.

¡Entiéndelo! Cuando yo contemplo a Jesús muriendo en la cruz, yo soy el responsable de sus sufrimientos. Tenemos que ver esto de forma muy personal. Si no fuera por mis pecados Él no hubiera tenido que morir. Pero porque lo ha hecho, ahora tú y yo podemos ser libres de la culpa, ya que Él ha tomado nuestro lugar y pagado nuestra deuda. **“Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre”** (Romanos 3:24-25).

Cristo, después de haber sido hecho hombre, de haber vivido en este mundo pecador, y de haber ofrecido su misma sangre y vida como un sacrificio vivo por nuestros pecados, fue aceptado en el cielo. Aún siendo el Hijo unigénito y amado del Padre, no podía entrar en el cielo con ningún rastro de pecado sobre Él (Hebreos 1:3; 9:25-27); tenía que ser perfecto... ¡¡Gracias a Dios que fue aceptado!! Esto significa que su sacrificio es eficaz,

aún delante del Juez perfecto. Tomó nuestros pecados y los destruyó por completo en la cruz.

Tan cierto como que Dios es Dios, este remedio es poderoso y funciona, y hará lo que sea necesario en tu vida. La condena por cada ofensa tuya ya ha sido pagada. Ahora tú puedes ser perdonado y presentarte delante del Juez justo, tan inocente y limpio como si jamás hubieras pecado. ¡Tienes que tratar con el Señor Jesucristo ahora! ¡Tienes que dar la espalda a la dirección en que tu voluntad te ha dirigido y a lo que has elegido para ti mismo; el camino que ha producido en ti los pecados que han ofendido a tu Dios! ¡Tienes que darte por vencido y rendirte a su completa autoridad sobre tu vida, ponerte en sus manos y esperar su misericordia!

La necesidad de nacer de nuevo

Pero aún te hace falta algo más, algo que hemos mencionado anteriormente al decir que hay que recibir una naturaleza nueva. Tienes que **nacer de nuevo**. La muerte y resurrección de Cristo han hecho otra obra grandiosa que tiene que aplicarse personalmente a tu vida. Es la parte más maravillosa de este remedio enviado del cielo, y tiene que ver con una vida nueva. La Biblia nos dice que **“el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios..., es necesario nacer de nuevo”** (Juan 3: 3,7).

La naturaleza vieja, que es la causante de tus líos con Dios, ha recibido un golpe de muerte por medio de la obra de Cristo en la cruz, por lo que ahora puedes ser li-

bre de su esclavizante servidumbre. **“Nuestro viejo hombre (la naturaleza que viene de Adán) fue crucificado juntamente con Él (Cristo), para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado... Si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él”** (Romanos 6:6, 8).

Cuando tú te rindes, pides perdón y recibes al Cristo resucitado en tu vida, Él, que vive hoy, entra en ella para quedarse. En ese momento te imparte su vida, una vida resucitada y eterna que nunca muere, y su misma naturaleza se hace tuya. **“Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su hijo. El que tiene al hijo, tiene la vida; el que no tiene al hijo de Dios no tiene la vida”** (1 Juan 5:12).

El cristianismo verdadero comienza al recibir a Cristo; no solamente su enseñanza, sus normas o ideales, sino su misma persona. En ese momento somos hechos hijos de Dios por un nacimiento milagroso y divino. **“ Más a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios”** (Juan 1:12-13).

Un cristiano nace, no se hace. Intentar reformar la manera de pensar o el estilo de vida no es suficiente. En realidad sería frustrante y acabaríamos desilusionados. Las características propias de la naturaleza vieja siempre se oponen al camino nuevo, que solamente es compatible con una naturaleza nueva; y a menos que esta naturaleza esté engendrada en el ser humano, andar en este camino

nuevo es imposible. Los resultados de la obra de la cruz tienen que llevarse a cabo en la vida individual.

Estas necesidades vitales son mucho más grandes que cualquier otra necesidad que exista en este planeta. La necesidad de salud, seguridad social, fondos financieros, relaciones familiares, educación intelectual y espiritual, no se pueden comparar con la necesidad de recibir lo que Dios ha prometido dar.

Sobre cualquier otra cosa en el mundo, lo que el ser humano necesita es **el perdón** de Dios y **un nuevo nacimiento**. El perdón es para todo lo que has hecho, y el nuevo nacimiento es lo que te va a garantizar el comienzo de una nueva vida, con una naturaleza nueva dentro de ti que está de acuerdo con la de Dios. Este nacimiento te dará la posibilidad de vivir de corazón una vida que agrade a tu Creador.

Dios promete una vida nueva

Parece imposible, ¿verdad? Pues esta es una promesa de la que habló el profeta Ezequiel hace miles de años, habiendo sido inspirado por el Espíritu Santo. Desde que el evangelio fue proclamado por Jesús y sus apóstoles, cada cristiano verdadero la ha experimentado. No obstante, y debido a su incredulidad, millares de personas que se dicen ser “cristianos” carecen de ella, y ni siquiera imaginan poder poseerla. Sin embargo, para todo aquel que quiera aprovechar, aquí está la promesa:

“Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias..., os daré

un corazón nuevo, y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra” (Ezequiel 36:25-27).

Esta experiencia hará que adquieras una naturaleza totalmente compatible con la de Dios, ayudándote a hacer las cosas que le agradan y evitar las que le irritan y enojan. Nacerás de nuevo y empezarás una vida que en este momento no puedes imaginar posible; voluntariamente y de corazón te ofrecerás a Él. Te aseguro que esto ha pasado a muchos que, como tú, habían ofendido a Dios y no tenían ninguna posibilidad de cambiarse a sí mismos.

Mientras lees estas palabras, alguien, en este momento, en alguna parte del mundo, lo está experimentando. Estas personas son testimonio al siglo XXI de todo lo que escribimos aquí, quitando cualquier excusa de que esto no es posible o demasiado bueno para ser un hecho. “¡Jesucristo es el mismo ayer, hoy y para siempre!”, dice la Biblia. Lo que ha hecho en el pasado lo está haciendo hoy, y su fidelidad y la realidad de su presencia en una persona hoy, garantizan su futuro para siempre.

Un futuro sin fin

La vida que recibes al nacer de nuevo es eterna, es decir, que no puede ser destruida. El propósito de Dios al crear al hombre, no fue para que viviera 70 u 80 años en un mundo de vanidad; una vida de ciclos sin propósito. Piensa bien en la vida normal del ser humano. Se levanta

por la mañana, desayuna, va al trabajo, hace una pausa para comer al mediodía, regresa a trabajar, vuelve a casa, cena, ve la televisión un rato y se acuesta. ¿Para qué?, para repetir lo mismo al día siguiente; ¿para qué?, para estar libre el fin de semana o para tener unos días de vacaciones; ¿para qué?, para volver al trabajo el lunes; ¿para qué?, para un día jubilarse y hacer lo que quiere; ¿para qué?, para pronto morir y perder todo lo que haya ganado durante su vida en la tierra, como lo hicieron las generaciones anteriores; bisabuelos, abuelos, padres...

¿Para esto existe el hombre? ¿Es esto todo lo que hay para él? Si es así, entonces todo es vanidad y tenemos derecho a sentirnos los seres más miserables y deprimidos del universo. Pero no, esto no es así, el hombre fue creado para disfrutar de una comunión íntima con su Creador y gozarse de su persona, no solamente en esta vida, sino para siempre.

Cristo vino para salvarnos de la vida rutinaria y darnos una vida que no tiene fin. Pero la vida eterna significa más que solamente un periodo de tiempo interminable, significa una calidad de vida más allá de la que nuestra imaginación pueda captar. Al nacer de nuevo, el individuo recibe vida celestial, y se convierte en ciudadano de una patria perfecta en la que anhela estar. Aunque mientras está en esta tierra puede experimentar y disfrutar de un amor, una paz y un gozo que ignoraba que existieran, el mundo ya no es su hogar, sino que se dedica a disfrutar de un futuro glorioso. Esta tierra ahora se ha convertido para él en un campo de batalla, un trayecto de pruebas, que le prepara para su verdadero

destino. Lucha solamente para que otras personas puedan entrar en la dicha que él mismo está disfrutando.

¿Qué esperamos?

“Conforme a la fe murieron..., confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra..., anhelaban una patria mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza en llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad” (Hebreos 11:13,16). La Biblia nos enseña que el cielo y la tierra que conocemos pasarán; no quedará nada de ellos, y a la vez nos habla de un lugar totalmente nuevo, una ciudad con características y naturaleza muy diferente a lo que hemos conocido hasta ahora. Aunque es muy difícil que una mente como la nuestra pueda captarlo ahora, sabemos que será infinitamente incomparable a cualquier cosa que hayamos visto o experimentado. Creo que cualquier intento por mi parte para intentar definir o explicar lo que nos espera allí, será insuficiente, así es que voy a limitarme a dejar constancia de algunas descripciones acerca de ese lugar que, por voluntad de Dios, le fueron reveladas a un hombre, y que se encuentran en el último libro de la Biblia, el Apocalipsis.

“Él morará con ellos y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor” (vs. 21:3b-4).

“La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina...,

sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche...” (vs. 21:23-25).

“Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios...” (vs. 22:1).

“Y no habrá más maldición, y sus siervos le servirán, y verán su rostro...” (vs. 22:3a-4a).

“No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará...” (vs. 22:5).

La dicha de estar eternamente en su presencia, de ver las cosas tal y como son, y de poder disfrutarlas tal y como Él lo ha designado, según nos enseña su Palabra, es algo demasiado alto para poder comprenderse ahora, pero no por ello menos real. Es la pura realidad de lo que nos espera y de lo que viviremos para siempre a los que por fe hemos recibido la salvación por medio de Jesucristo.

¡No pierdas la oportunidad de poder experimentarlo y disfrutarlo personalmente! No esperes. Deja atrás todo en lo que has confiado hasta ahora. Corona a Jesús como rey y Señor de tu vida. Ningún otro, ni siquiera tú mismo, puede gobernarla bien. Confía en Aquel que murió para salvarte. Recíbele por medio de una oración de corazón entregándole todo lo que eres.

Nota: Todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina Valera 1960.